

Pierre Rousset

El internacionalismo y su renovación en la hora de la mundialización

Cuando apareció el primer número de *VIENTO SUR* en 1992, el entusiasmo internacionalista del decenio 1965-1975 había decaído. El imperialismo había logrado retomar la ofensiva, tras la importante derrota sufrida en Vietnam. Fue la crisis del mal llamado “campo socialista” la que le permitió hacerlo –la agudeza del conflicto chino-soviético había atizado los fuegos de la guerra chino-indochina de 1978-1979 /1 y preludiado la implosión del bloque soviético una decena de años más tarde. Estas convulsiones burocráticas contribuyeron mucho a la pérdida de perspectiva y a la fragmentación de los combates políticos y sociales en el mundo. Sin embargo, en 1992, sin que aún lo supiéramos, nos encontrábamos ya en vísperas de un verdadero despertar internacionalista.

La mundialización capitalista levantó plenamente su vuelo tras la caída del Muro de Berlín en 1989. La violencia de las contrarreformas neoliberales se hizo sentir muy rápidamente, suscitando todo un abanico de resistencias, el nacimiento de “nuevos movimientos sociales” y primeras respuestas masivas, como en Francia la gran huelga de los servicios públicos de noviembre-diciembre de 1995.

En el plano internacional, 1996 representa desde este punto de vista un año “pivote”. En México, el llamamiento de los zapatistas a una “conferencia intergaláctica” obtuvo un gran eco. En Francia, el G-7 de Lyon fue ocasión de convergencias inéditas entre los movimientos de solidaridad Norte-Sur, tradicionalmente movilizados con ocasión de tales cumbres, y el movimiento sindical o social. Bajo diversas formas, el altermundialismo comenzó a nacer en varios continentes a la vez. Se impuso con el bloqueo victorioso de la reunión de la OMC en Seattle en diciembre de 1999. Desembocó en enero de 2001, es decir apenas un año más tarde, en el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre.

1/ Ver Rousset, P. “Les guerres entre ‘Etats socialistes’, le conflit sino-indochinois de 1978-1979”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article3291>

Todo ha sido pues muy rápido. En el momento de la crisis financiera mundial, de la crisis ecológica planetaria o de las crisis alimentarias, ¿quién duda aún de la necesidad de actuar y de llevar alternativas a escala internacional?. Por citar a Michael Löwy: “Entre el cosmopolitismo mercantil del capital y los particularismos xenófobos, es posible refundar el internacionalismo, mediante la convergencia entre una tradición socialista renovada y las aspiraciones humanistas de los nuevos movimientos sociales” /2.

La aspiración internacionalista es de nuevo apremiante. No se trata sin embargo de un simple regreso a los años 1970. ¿Qué hay pues de común y de diferente entre la dinámica internacionalista de entonces y de hoy?

En los dos casos, en medio de los años sesenta y luego de los años noventa, la nueva ola de movilizaciones se afirmó de entrada internacional y rápidamente tomó forma. En los dos casos también, respondía a una violenta ofensiva imperialista simbolizada ayer por la escalada militar estadounidense en Indochina y hoy por la imposición de las políticas neoliberales en el mundo entero. En los dos casos también, durante algunos años, el movimiento se ha ampliado y radicalizado a la vez, una combinación dinámica rara que no se había conocido, al menos a esta escala, durante los dos decenios “intercalados”, 75-95. En los dos casos en fin, las movilizaciones han alcanzado un cierto nivel al cabo de cinco a diez años, enfrentándose a problemas políticos para los que tenían –y tienen– muchas dificultades de responder.

En los dos casos, pues, toda una generación militante ha vivido a escala internacional una “experiencia histórica colectiva” que ha marcado su (o sus) visión del mundo, su (o sus) concepción del internacionalismo. A treinta años de distancia, estas “visiones del mundo” de ayer y de hoy se muestran muy diferentes una de la otra. Digamos brevemente que el marco geopolítico de las movilizaciones sociales estaba mucho más “dividido” (debido a la existencia del bloque soviético) en los años 60-70 que hoy. En cambio, el horizonte ideológico de las movilizaciones era entonces más compartido.

El internacionalismo tiene sólidos fundamentos objetivos, que se basan en la organización del mercado mundial y la interdependencia de los conjuntos regionales. No es una simple utopía imaginada. Respecto a los objetivos de transformación social perseguidos por los movimientos revolucionarios, se impone (o debería imponerse) como una necesidad, una dimensión indispensable de su combate /3. Pero el internacionalismo es un compromiso subjetivo antes de ser una orientación política. Se expresa bajo formas variadas en función de los períodos y/o corrientes. Tiene una historia.

2/ Löwy, M. “L’urgence de l’internationalisme”, *Rouge* del 8 de julio de 1999, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article2890>

3/ Ver particularmente Löwy, M. “Etat-nation, nationalisme, globalisation, internationalisme”, enero 2001, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article2315>

Nos atenderemos a ella para ilustrar este texto, comparando los años 1960-1970 a los años 1990-2000 /4. Es evidentemente aleatorio querer analizar en términos simples realidades muy complejas o pretender describir la forma en que una generación política (necesariamente heterogénea) vive sus combates. Lo intentaremos al menos, para mejor delimitar las dificultades a las que se enfrenta hoy el combate internacionalista, los nuevos obstáculos que hay que superar.

Los años 1960-1970. El mundo de los años 60-70 estaba claramente dividido en tres: los países imperialistas (capitalistas desarrollados), las sociedades de transición no capitalistas (los llamados “países socialistas”) y el tercer mundo (países dominados). El internacionalismo era una aspiración a la convergencia de las luchas llevadas en estos tres sectores –luchas percibidas como diferentes dado que se llevaban a cabo en contextos variados. Las consignas comunes estaban dirigidas contra el imperialismo y, en particular, contra la escalada militar estadounidense en Indochina. Afirmaban a menudo la unidad regional de las luchas: en Europa (“*de Londres a París, Budapest y Berlín: por la Europa roja*”), en América Latina en particular con la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en el Oriente Próximo, con el nacimiento de partidos nacionalistas pan-árabes... Otras iniciativas proclamaban las solidaridades propias el conjunto del Tercer Mundo, como la Conferencia tricontinental en Cuba en 1966 que funda la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL)...

La radicalización estudiantil transcendía en una cierta medida estas divisiones geopolíticas: estudiantes del Mayo 68 francés podían así reconocerse en la rebelión de los campus americanos contra la sucia guerra de Estados Unidos en Indochina, tanto como en la de los estudiantes tailandeses cuando el derrocamiento de la dictadura militar en 1973. Se tejieron lazos intergeneracionales que facilitaron la puesta en pie de redes de solidaridad: protección de los conscriptos americanos desertores a Canadá o Alemania, redes transpirenaicas para ayudar a las organizaciones que luchaban contra la dictadura franquista, acogida de militantes tailandeses en camino para unirse a las guerrillas del PCT tras el sangriento golpe de estado de 1976...

Sin embargo, el rasgo dominante de la época era que cada cual en “su” región se solidarizaba con el combate de los demás. Las diferenciaciones político-ideológicas reflejaban esta realidad. La Cuarta Internacional teorizaba las convergencias en una fórmula la “*dialéctica de los tres sectores de la revolución*”: revolución proletaria en los países capitalistas desarrollados, revolución permanente en los países dominados, revolución “política” (antiburocrá-

4/ Para una breve comparación con la época del Manifiesto Comunista, ver Bensaid, D. “Internationalisme et altermondialisme”, *le Magazine littéraire* n°7, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11545>

tica) en el Este. El año 1968 simbolizaba esta “dialéctica” mundial en donde cada proceso revolucionario contribuye a dinamizar el conjunto, con la ofensiva del Tet en Vietnam, las barricadas estudiantiles y la gran huelga general del Mayo francés, la Primavera de Praga en Checoslovaquia.

Diversas corrientes se situaron en cambio en una problemática “campista” (alineándose con un “campo” mundial, un “bloque”) o más exclusivamente “tercermundistas”. Los PC pro-Moscú siguieron en lo esencial dependientes de la URSS. Las nuevas organizaciones maoístas se reclamaron de China y luego, en algunos casos, de Albania. Otros movimientos se identificaron ante todo con las luchas de liberación internacionales en curso en los países del Sur.

Fueron numerosas, pues, las corrientes que no concedían la misma importancia que la Cuarta Internacional a la convergencia de las luchas en los “tres sectores” de la revolución. Pero todas, o casi todas, estaban convencidas de que en Vietnam se estaba llevando a cabo una prueba de fuerzas importantísima; una prueba de fuerzas de alcance verdaderamente mundial /5. Es esta percepción, fundada en la realidad geopolítica de la época, la que se encuentra en el llamamiento del Ché Guevara a la Tricontinental: “*Crear dos, tres, muchos Vietnam*” para romper el aislamiento de los pueblos indochinos frente a la máquina de guerra imperialista: la solidaridad hasta el compromiso común para la extensión del combate revolucionario /6.

La actualidad mundial estaba dominada por la guerra —guerra imperialista o guerra revolucionaria— con Indochina como punto focal. Las reflexiones y polémicas políticas trataban en consecuencia a menudo sobre la cuestión de la lucha armada: guerra popular prolongada, focos, guerrilla urbana, insurrección y sus posibles combinaciones. El internacionalismo de la época era de factura antiimperialista y revolucionaria, al menos para las corrientes radicales.

El marxismo era una referencia mayoritariamente compartida y el socialismo era reconocido como el horizonte común de las luchas emprendidas en todas partes, hasta el punto de que, a veces, movimientos que no eran ni marxistas ni socialistas pretendían sin embargo serlo. Este horizonte común ofrecía un poderoso factor subjetivo de unidad entre combates por otra parte muy diferenciados, cuando la violencia de la ofensiva militar imperialista constituía un poderoso factor objetivo que justificaba la necesidad de las convergencias solidarias.

5/ El lugar y la orientación de los movimientos de solidaridad con Indochina han variado mucho según los países. Para Estados Unidos, ver particularmente Elbaum, M. “68 made in USA – Des événements qui transformèrent les mouvements sociaux radicaux aux Etats-Unis”, *Contretemps* n° 22. Para el caso francés, marcado por un profundo corte en mayo 68, ver Rousset, P. “La solidarité envers les luttes indochinoises en la France des années 68: les années 1960-1970”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article10123>

6/ Guevara, E. (1967), “Mensaje a la Tricontinental”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article12159>

Los años 1990-2000. En muchos aspectos, la situación es hoy la inversa de la que era hace cuarenta años. La guerra sigue estando ahí, pero la actualidad mundial desde comienzos de los años 90 está dominada por la mundialización económica y sus consecuencias sociales. Los “campos” han desaparecido con la implosión de la URSS. El Tercer Mundo proclama su diversidad más que su unidad: los países del BRIC (Brasil, India, China) van a su aire hasta el punto de que en diciembre de 2005 en Hong Kong, en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), el gobierno brasileño dejó abandonados a los países en “vías de desarrollo” a los que supuestamente representaba. Las referencias, las identidades y las diferenciaciones ya no son las mismas.

Las organizaciones que simbolizan el internacionalismo renaciente de los años 1990 son muy diferentes de los movimientos de los años 1960: la internacional campesina de Vía Campesina nacida en 1993, las Marchas Europeas contra el Paro (1996), la Marcha Mundial de las Mujeres (1998), Jubileo Sur (2001) contra la deuda del tercer mundo, la puesta en red de las asociaciones Attac opuestas a la dictadura de los mercados financieros, los lazos tejidos por No Vox desde Francia a Japón entre movimientos de “sin” (sin techo en particular), la multiplicación de colectivos de emigrantes... Las manifestaciones contra las cumbres intergubernamentales, las instituciones financieras o la OMC prueban nuevas formas de movilización. Los foros sociales abren espacios inéditos de convergencias militantes.

Cuadros experimentados que hicieron sus primeras armas en los años 1960-1970 han jugado a menudo un papel muy activo en el lanzamiento de estos movimientos, redes internacionales, contracumbres y foros. Transmiten un saber hacer. Pero el dinamismo del altermundialismo es en una gran medida debido a la entrada en liza de una nueva generación militante. Puede ser simplificador identificar el internacionalismo de los años 1990 con el altermundialismo, un término que algunos rechazan. Es utilizado aquí como un sinónimo de “Movimiento de Justicia Global”, un nombre más utilizado en inglés, y como un “marcador” de una visión contemporánea del mundo.

El despegue del altermundialismo responde a las especificidades de la mundialización neoliberal. Por primera vez, las mismas instituciones centrales (G-7 u 8, Banco Mundial, FMI, OMC) imponen las mismas políticas en el mundo entero. Cada país, cada región conocía anteriormente modalidades particulares de dominación capitalista producto de una historia concreta, modelada por las luchas sociales: “compromiso histórico” en Europa, clientelismo redistributivo en África, populismos en América Latina, dirigismo estatal en Asia... El capital financiero querría en adelante reinar de forma uniforme sobre el conjunto del planeta. Un sueño de las clases dominantes a la vez inalcanzable, portador de crisis y terriblemente destructor.

Tras la desintegración de la URSS, la mundialización capitalista ha modificado profundamente la articulación de los “flujos” de solidaridad. La mayor parte

de los “flujos” anteriores guardan su pertinencia y no han desaparecido: solidaridades Norte-Sur en favor de las poblaciones de los países dominados, resistencia a las guerras imperialistas y a las tentativas de desestabilización de los regímenes que se oponen a Washington (hoy en América Latina), campañas de defensa de las víctimas de la represión... Pero las solidaridades Sur-Sur se han desarrollado. Sobre todo, el sentimiento de una comunidad inmediata de combate en todas las regiones del mundo se ha reforzado. Contra las privatizaciones, el desmantelamiento de los servicios públicos, los favores hechos a la agro-industria, la puesta en cuestión de los derechos sociales... las luchas se llevan a cabo en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste sobre consignas a menudo muy próximas. Esto no había ocurrido hasta este punto jamás en el pasado.

Es por ejemplo muy significativo que una organización como Vía Campesina esté implantada tanto en el Norte como en el Sur. Hoy, la solidaridad no es sólo con el “otro”, hay una implicación conjunta en las mismas resistencias contra las mismas políticas. La comunidad de condición no está ya sólo inscrita en el horizonte de las luchas, sino en su presente. Además, la mundialización neoliberal no acerca únicamente a las diferentes partes del mundo (sin borrar sin embargo las desigualdades geopolíticas, ¿hay que recordarlo?). Acerca también terrenos de lucha muy variados (sociales, ecológicos, culturales...). Las políticas neoliberales buscan la mercantilización final de todas las relaciones sociales. Encontrándose todas las resistencias en una común oposición a la dictadura mercantil, han aparecido nuevas dinámicas de convergencia. Los foros sociales se han convertido así en espacios de convergencias.

Reflejando a la vez el cambio de período y de generación, el internacionalismo ha tomado un rostro nuevo. El altermundialismo que se forja en el curso de los años 1990 es un reinicio. Tiene dificultades para reconocerse en las palabras de antaño. La aspiración a “otro mundo” expresa una radicalidad, es portadora de una crítica sistémica, y no solo de detalle, del capitalismo. Pero hay muchas dificultades para nombrar ese “otro mundo”: socialismo, ecosocialismo, democracia socialista, sociedad autogestionaria, sociedad sostenible, justicia social y ecológica... Se refugia en los plurales modernos hablando de alternativas, a falta de poder definir mejor la alternativa global. Otras experiencias históricas son todavía necesarias para clarificar las perspectivas y hacer que ciertas palabras vuelvan a ser verdaderos “bienes comunes”. Desde este punto de vista, el altermundialismo no es más que un comienzo.

Por supuesto, lo nuevo se hace siempre con material antiguo. La herencia pasada influye, para lo mejor y para lo peor. Diversas tradiciones anteriores de solidaridad se han reinvertido en el altermundialismo que les ha ofrecido un crisol común: apoyo a la descolonización, solidaridades obreras, antimilitarismo, combate democrático por los derechos humanos... Las “antiguas” organizaciones, así como los sindicatos o los partidos políticos, no han desaparecido, lejos de ello, incluso si no ocupan ya un lugar tan central como antes. Durante los años “inter-

calados” de retroceso del movimiento social, las agencias de financiación y las grandes ONG se han convertido en actores en sí. En más de una ocasión, lo humanitario se ha comprometido con lo militar en ocasión de las nuevas “guerras santas” emprendidas por las potencias occidentales /7. Prácticas demasiado rutinarias de colaboraciones entre poderes públicos, mundo asociativo y sindical han erosionado lo que llamábamos el sentido de la “independencia de clase”. Debido a las desmovilizaciones políticas de los años 1980, las lecciones del estalinismo y de la gestión socialdemócrata del capitalismo no han podido ser sacadas colectivamente, aunque sin embargo ambas han provocado suficiente rechazo como para fundar la búsqueda de otra vía a la izquierda.

La conciencia internacionalista está hoy aún marcada por estas complejas herencias. Pero el camino recorrido no es menos impresionante: extensión planetaria de los foros sociales, movilizaciones altermundialista y antiguerra que alcanzan a veces los centenares de miles (incluso millones), multiplicación de las redes internacionales de economistas radicales, movimientos sociales, educación, y muchos otros terrenos de acción...

En la hora de la crisis financiera... ¿Qué impacto tendrá la actual crisis financiera, económica y social sobre las dinámicas internacionalistas y sobre el movimiento altermundialista?

Las primeras respuestas a la crisis permiten medir hasta qué punto un decenio altermundialista ha permitido desarrollar una experiencia y una reflexión común que implican a una gran variedad de movimientos. El llamamiento de Pekín del 15 de octubre de 2008 fue preparado en sólo dos tardes, con ocasión del séptimo Foro popular Asia-Europa, pero ha permitido reagrupar “en caliente” un primer abanico de objetivos y de elementos de programa alternativo, de reivindicaciones transitorias adaptadas al contexto presente /8. Algunos días más tarde, la Declaración de Caracas hizo lo mismo /9. Posteriormente se han multiplicado los llamamientos a la respuesta.

Sin embargo, en un primer momento, el impacto de la crisis será probablemente contradictorio. Revelando la incuria capitalista, provoca en la población una profunda cólera portadora de revuelta, pero también da miedo: en ausencia de alternativa creíble, queda la esperanza de que los gobernantes harán “a pesar de todo” algo para limitar sus efectos. La crisis golpea también en un momento en que el movimiento altermundialista tiene dificultades para retomar la iniciativa

7/ Ver Bensaïd, D. y Pelletier, W. “Dieu, que ces guerres sont saintes”. *Le Monde* 21/11/2001, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article2553>

Ver también Larché, J. y Micheletti, M. “Le danger de lier l’humanitaire et le militaire”, tribuna aparecida en *Libération* del 29 de septiembre de 2008, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11533>

8/ “La crise financière mondiale: une opportunité historique pour le changement”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11812>

9/ “Déclaration finale de la Conférence internationale d’économie politique: Réponses du Sud à la crise économique”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11732>

tras el despegue de los primeros años y se encuentra confrontado a tensiones políticas internas. Radicaliza a un sector del movimiento altermundialista que comprende que si no presentamos una alternativa anticapitalista ahora, no lo haremos jamás. Modera en cambio a otras corrientes que retroceden ante el enfrentamiento. Para el nuevo internacionalismo representa a la vez un desafío al que hay que enfrentarse y una prueba que pasar.

La crisis puede a la vez contribuir a superar y a acentuar las tensiones políticas que emergieron en el seno del movimiento altermundialista sobre la cuestión del apoyo a gobiernos de centro izquierda (Brasil de Lula, Italia de Prodi...). Los años 1965-1975 eran “hiperpolíticos”, con polémicas constantes sobre la estrategia entre los componentes de la “nueva izquierda” de entonces y con los partidos tradicionales. Es un poco lo contrario en los años 1990-2000: la “marginación” de lo político facilitó la unidad de un abanico de fuerzas muy amplio durante los primeros años del altermundialismo. Pero la incapacidad de debatir sobre opciones políticas se convierte en un problema cuando las divergencias subyacentes son tales que ponen en peligro el dinamismo del movimiento unitario. La ambigüedad de las palabras cubre entonces la ambigüedad de las orientaciones /10. El reconocimiento positivo de la diversidad puede ceder su lugar a los comunitarismos antagónicos /11.

Todos reconocemos hoy en el proceso de los foros sociales que hay que debatir sobre la “estrategia”, pero algunos querrían hacerlo sin abordar la cuestión de las opciones políticas centrales (como la cuestión de la participación en los gobiernos de centro izquierda). Es la cuadratura del círculo.

Los movimientos internacionalistas están hoy a la búsqueda de un segundo aliento. Este segundo aliento es particularmente necesario para responder a la crisis capitalista. Pero el relanzamiento de las movilizaciones no está asegurado de antemano. Las luchas sociopolíticas renacen a menudo en un marco nacional (estando una dimensión regional quizá más presente en América Latina) y no mundial. Sin embargo, el movimiento altermundialista había alcanzado desde hace algunos años un determinado nivel. Se enfrenta a límites intrínsecos que debe superar.

Favorables a la bajada de la radicalidad de los movimientos altermundialistas, las componentes más institucionales o burocráticas han recuperado en su seno la iniciativa: agencias de financiación, grandes ONGs, direcciones sindicales e incluso iglesias... /12. Si han podido hacerlo, es porque tienen medios considerables (dinero, aparato de permanentes...), pero también porque los componentes más radicales están en parte paralizados. Las divergencias políticas sobre la cuestión

10/ Bensaïd, D. “Des mots et des choses: antilibéralisme... anticapitalisme...”. *Mouvements*, 11/10/2007. <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article9419>

11/ Bensaïd, D. “Solidarité internationaliste contre escalade communautaire”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article1530>

de la participación en gobiernos de centro izquierda han dividido los equipos de animación de los foros en países clave como Brasil, Italia o la India. La red misma de los movimientos sociales, donde la CUT brasileña jugaba un papel pivote, está en cuestión.

Querría señalar aquí tres dificultades a las que nos hemos enfrentado, sin pretender ser exhaustivo.

1. El dinamismo del altermundialismo tiene que ver en gran medida con su capacidad de reunir todo un abanico de terrenos de lucha en un mismo espacio militante. Pero esta convergencia es incompleta. El movimiento antiguerra carece de continuidad y el pueblo palestino vive una trágica soledad. El combate feminista sigue sin estar integrado como debiera en el conjunto de las temáticas militantes. La solidaridad hacia las poblaciones golpeadas por catástrofes naturales (de origen humano o no) no es pensada en términos políticos cuando esto debiera convertirse en un campo de acción duradero /13.

En cuanto a la ecología, aunque presente en los foros, sigue siendo marginal en las movilizaciones. La crisis ecológica está sin embargo en el corazón de la actual crisis capitalista, convertida en una verdadera crisis de civilización. Hay para esta integración imperfecta muchas razones. Una de ellas es que la articulación de lo social y de lo ecológico (como del feminismo y de la lucha de clases) es portadora de una dinámica muy radical que hace dudar a más de uno. El desarrollo de una red ecosocialista y de campañas “clima y justicia social” debería ayudar a superar esta debilidad, pero el retraso acumulado es costoso.

2. Las direcciones sindicales, a menudo muy burocratizadas y muy poco radicales, guardan el monopolio de la visibilidad internacional. Centrales sindicales, sindicatos y sindicalistas “combativos” juegan sin embargo un papel importante en la animación y el éxito de los foros y movilizaciones, como la KCTU, con la Asociación de Campesinos Coreanos (KPL), en las manifestaciones de diciembre de 2005 en HongKong contra la OMC. Sin embargo, los lazos internacionales que han tejido unos con otros siguen fragmentados. Debido a ello, pesan mucho menos de lo que podrían en la expresión de la radicalidad de las luchas altermundialistas.

3. Casi todos los movimientos tienen sus redes mundiales (feministas, campesinos, sindicatos de asalariados, socialdemocracia, etc.) salvo... los partidos de la izquierda radical, anticapitalista. Es una paradoja sorprendente puesto que en principio deberían ser los más comprometidos en el internacionalismo, los menos replegados en sólo el marco nacional.

Han aparecido redes regionales, como la Conferencia de los partidos anticapitalistas en Europa o la Conferencia de solidaridad Asia-Pacífico (que no comprendía solo organizaciones políticas), pero no están hoy en su mejor forma.

12/ Ver Rousset, P. “Contribution au débat sur le processus du FSM dans son étape actuelle”, 16 febrero 2008, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article9317>

13/ Rousset, P. “Tsunami, Katrina, Cachemire: éléments de réflexion politique sur une succession de catastrophes naturelles”, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article1745>

Una primera reunión de una red internacional de los partidos radicales tuvo lugar en 2004, con ocasión del Foro Social Mundial de Mumbai. Suscitó mucho entusiasmo, pero pocos resultados duraderos. También aquí, las razones de esta situación son múltiples. Muestra particularmente que la necesidad de construir una internacional para dar cuerpo al internacionalismo revolucionario no forma parte de una cultura política compartida. Esto puede comprenderse. La Internacional Socialista se ha convertido en un club de gobernantes. Antes de ser disuelta, la difunta Internacional Comunista había sido transformada en instrumento de la diplomacia rusa. Las corrientes maoístas de los años 1970 no construyeron ninguna internacional (Pekín no lo deseaba).

Hoy, pequeñas internacionales maoístas o trotskistas son dirigidas por “partidos guías” nacionales y operan como “fracciones”, lo que es una negación del internacionalismo. En este panorama bastante deletéreo, la Cuarta Internacional es una rara excepción, funcionando de una forma democrática. Esto le ha permitido renovar más que otras sus concepciones y percibir la necesidad de su propia superación en un conjunto más diverso, amplio /14. Pero está debilitada en el plano organizativo: otras fuerzas deben unirse a ella para hacer posible la puesta en marcha de este proyecto.

Visto el pasivo histórico, el camino hacia una nueva internacional revolucionaria, pluralista, es largo todavía. Pero debiera ser posible constituir marcos internacionales permanentes, flexibles, de colaboración entre partidos radicales que permitan actuar conjuntamente, intercambiar experiencias y reflexión, crear lazos de confianza. Esto sería ya un importante paso adelante.

La necesidad de ello se hace sentir. Se vio en Mumbai. Se ve ahora en el marco del Foro popular Asia-Europa: un ciclo internacional de discusión se ha iniciado con el tema de los nuevos “partidos populares” (una expresión inglesa difícil de traducir: “people-centred parties”) y sus relaciones con los movimientos sociales.

La próxima gran cita militante internacional es la del Foro Social Mundial de Belem (Brasil), a finales de enero de 2009. Será la primera reunión del FSM tras el estallido de la crisis financiera. Lo que está en juego en Belem es pues particularmente importante. Pero una cosa es cierta: el altermundialismo no puede continuar tal como era el decenio pasado. So pena de desmoronarse, debe transformarse a fin de facilitar la expresión de una nueva radicalidad internacionalista capaz de responder a la brutalidad extrema de la crisis capitalista.

Pierre Rousset es militante de la LCR. Es el editor de la web www.europe-solidaire.org

14/ Ver Löwy, M. “Faut-il une cinquième internationale?”. <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article593> y Sabado, F. “NPA et nouvelle internationale”. <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11264>